LA MECANICA DEL UNIVERSO
(Relato)

I

El hombre había llegado a la ciudad esa mañana, casi un elemento más de tantos que sufrieron el arrastre de la lluvia persistente. El viaje fue largo y duró toda la noche a través de un llano infinito. Al amanecer, el ómnibus ingresó en la ciudad por angostas y desconocidas calles. El hombre emergió en la superficie de una pesadilla húmeda que no pudo comprender en toda la noche. Trató de orientarse en el asombro de las callecitas desconocidas, pero la ciudad había crecido sobre la llanura durante tantos años de ausencia y la lluvia misma velaba los objetos con su cuerpo lechoso, impidiendo su identificación. El hombre tuvo miedo.

Le sorprendió, más tarde, un edificio enorme y en forma de medialuna —aposentado sobre aquella altura que semejaba una colina— donde la cápsula del ómnibus se había refugiado, haciendo rechinar sus neumáticos sobre los charcos y sonar su techo bajo el tamborileo de la lluvia.

El hombre tuvo la sensación de que la blanca trayectoria del agua vulneraba la protección de los techos y, mientras ingresaba al edificio por un corredor abierto a la intemperie y desolado de frío, se llevó la mano a la región del corazón y palpó el pequeño bolsillo interior de su chaqueta, hasta encontrar la tersura de esa hojita de papel muy doblada, que temió se hubiese puesto húmeda. La hoja estaba seca y crujió entre los dedos. El hombre se sintió un poco mejor.

En un ala del edificio grotesco, que fagocitaba y expulsaba intermitentemente innumerables ómnibus multicolores, funcionaba un pequeño bar, casi desierto en aquella hora de la mañana apenas nueva.

Gozó la tibieza de una taza de café y se demoró morosamente en las entrelíneas de un diario cuyas crónicas no logró que le interesaran. Sonrió fugazmente, mofándose de sí mismo por aquel temor. No tenía mayor sentido temer la pérdida de aquel papelito, si podía repetir de memoria su contenido, ese texto dibujado con tinta azul

sobre el trozo de papel doloroso. Pero el miedo tenía otra raíz. El significado de aquel mensaje, repetido como una oración ingenua y mecánica, ya nada suponía; salvo un número en una calle posible. Probablemente aquel papel valía ahora sólo como un vestigio. Su sentido residía en el color de sus trazos (ese color que se correspondió un día con el color del vestido de Luisa) antes que en las formas que suponían un signo vacío de sentido, ahuecado por la memoria del hombre, a fuerza de penetrar en él en un intento inútil de recuperarlo.

La lluvia continuaba cayendo, ahora despojada de todo sonido. Veía las ráfagas precipitarse en el aire como los gestos de un actor pintarrajeado en un film mudo. En la oscuridad interior de sus zapatos, movió los dedos, restregándolos sobre la suela y reconociendo el calor de su cuerpo en medio de la ciudad extraña. Como siempre le ocurría, comenzó a demorarse en un recuerdo apenas asible, a esforzarse como un arqueólogo por la restauración de una hora de alegría, a partir de la imagen de una mano querida apoyada sobre el manillar de una bicicleta, o de una tarde de soledad, partiendo desde el eterno murmullo de un viento siempre igual a sí mismo.

Cuando Luisa le dijo que su tía estaba enferma y regresaría con ella, el hombre volvió a escuchar el nombre de aquella ciudad después de tanto tiempo. La mujer había nacido allí y le contó que la casa donde la esperaban estaba al final de una calle que subía trabajosamente hacia los terrenos donde moría lentamente un antiguo observatorio astronómico. Su cúpula cerrada era el párpado de un ciego que yacía olvidado de los hombres.

Lentamente, dejó de llover hacia las once y el hombre abandonó la estación poblada ya de ruidos y de voces, de cuerpos entrechocándose que llegaban y se alejaban de la ciudad, a impulsos de una misteriosa maquinaria que les poseía desde la infancia. Desde aquella altura, trató de divisar hacia el Oeste la zona donde supuso se emplazaba el edificio del observatorio, descrito por la mujer con un entusiasmo de niña alucinada por un juego novísimo y lleno de vértigo, pero el vapor se levantaba desde el pie de los edificios y lamía el cielo, bruscamente azul y bruñido. La distorsión de esa onda que salía de la tierra, tornaba difusos los bordes de la ciudad, deprimida en el centro como una vieja fuente de terracota. Comenzó a caminar por una avenida que corría hacia el Norte, acomodándose en parte al trazado fluvial de una vía férrea desierta de trenes. El aire estaba fresco y agradable y el levísimo sopor del despertar había desaparecido. El hombre se sintió casi feliz, mientras la inercia de su cuerpo le llevaba hacia el centro de la ciudad. Allí, segura-

mente, le sería posible orientarse perfectamente sobre el río o zona de la ciudad donde se encontraba el número y la calle anotados en el papel. En último caso podría alquilar uno de esos automóviles negros y amarillos que, como soldados uniformados y ruidosos, ocupaban la ciudad con el chirrido de sus ruedas y, a veces, el grito de los conductores, hablando un idioma conocido aunque extraño en el registro de aquel acento musical y cansado.

Se imaginó a Luisa, ingresando como él en el ámbito de la ciudad, aunque el punto por el cual ella había penetrado era seguramente otro, como ocurría si se viajaba en ferrocarril. Mientras pensaba en esas cosas, comprendió que su búsqueda de semejanzas no era más que un impulso de otros viejos temores que sólo a él le pertenecían. Seguramente, cuando Luisa bajó del tren aquel día, no hubo en ella ninguna clase de vacilación. Conocía perfectamente la ciudad y aquella dirección (anotada en el papelito que el hombre protegía), tenía para ella una significación concreta con colores y formas y personas cuyos nombres conocía y la esperaban.

Luego de unos minutos de marcha desembocó en una zona más amplia, donde la avenida se ensanchaba como un delta que recibe el alimento de diversos ríos donde navegaban aquellos habitantes, caminando en grupos que reían, en parejas que parecían muy tristes o, simplemente, solos. Y el nuevo río se afirmaba en su rumbo hacia el Norte, alejándolo insensiblemente del centro de la ciudad. Si quería llegar hasta el grupo de los edificios más altos, tendría que torcer en las próximas calles transversales. Mientras se decidía, se le ocurrió pensar que si continuaba caminando durante varias horas por aquella avenida cuyo límite no era perceptible, llegaría a La Rioja, la pequeña ciudad de donde había llegado en la mañana y donde conoció a la mujer hacía cinco años.

Aquel día, el hombre estaba mirando el calor de la calle, cuando reparó en la muchacha desconocida que se acercaba al edificio del colegio, se adhería a la pequeña sombra de unos árboles descarnados e ingresaba en los corredores frescos, en el momento justo en que el hombre se disponía a apretar el timbre que llamaba al portero, a quien solicitaría un gran vaso de agua helada, el tercero en lo que había transcurrido de la mañana. Luego, antes de beberla, se quedaba largo rato observando el líquido e imaginándose a sí mismo como un extraño pez condenado al universo de esa pecera singular que soportaba en la mano. Cuando el pensamiento se le tornaba insoportable, bebía rápidamente el agua y cerraba los ojos.

Fue el mismo portero quien le habló por primera vez de ella. Supo por él que se llamaba Luisa. Otro día, ingresó en el amplio gabinete

semioscurecido donde la muchacha le explicaba a varios adolescentes el nacimiento del hombre en el seno de un probable mar y proyectaba sobre un muro la fotografía de un extraño animalito semejante a una ameba. En otras circunstancias, el asunto le hubiese parecido aburrido y, tal vez, desagradable, pero la voz de la mujer desconocida había derramado en las palabras un matiz de fábula, por momentos cómica, a veces grotesca cuando los personajes aparecían sujetos a los vaivenes de una historia seguramente escrita por alguien que no demostraba la menor simpatía hacia los animalitos. Después, les mostró otra fotografía, de un pigmeo africano, y les dijo que el hombre pertenecía a los vertebrados. Cuando los adolescentes se retiraron, la muchacha se acercó hacia el hombre que se había puesto de pie, expectante y temeroso, y le preguntó si le interesaba la biología. La mujer tenía unos ojos desolados y bellos y, al saludarle, su mano dejó en la del hombre un tibio resplandor. Yo soy Luisa, le dijo.

El hombre abandonó el derrotero de la avenida y derivó por una calle menor y húmeda que iba a terminar en una amplia plaza. Hizo un esfuerzo y se atrevió a consultar con una mujer que vendía diarios sobre la posible ubicación de la casa de Luisa. Pero la mujer le dijo que no tenía la menor idea sobre ello y que lo mejor sería que subiese en uno de esos ómnibus que iban y venían, navíos descascarados que flotaban en un aura de humo negro y de desagradable olor a petróleo. Esta posibilidad resultaba incierta, máxime cuando nadie podía garantizarle que el recorrido del ómnibus elegido correspondía exactamente a aquella porción de la ciudad donde se encontraba la casa. La posibilidad de extraviarse posteriormente, resultaba desazonante sobre todo si se pensaba que estaría alejado de los mismos edificios del centro que le servían de tranquilizadora referencia. Decidió, entonces, alquilar un automóvil taxímetro, que seguramente podría llevarle hasta la puerta misma de la casa buscada, aunque ello le resultase un gasto de dinero bastante elevado. Aunque bien podía ocurrir que, transcurrido cierto tiempo de viaje en el taxímetro, llegara a divisar la ubicación de la colina con el observatorio y, entonces, continuaría caminando el resto del camino.

Cuando le leyó al conductor la dirección anotada por Luisa, éste manifestó con un gesto una espantosa seguridad con respecto a la real ubicación de aquel sitio. El hombre sufrió ese gesto como una extraña profanación que no podía entender. Mientras viajaban por nuevas calles y avenidas absolutamente desconocidas, recordó el color de los ojos de la mujer, una tarde que ella recibió sobre su rostro el impacto directo de los rayos del sol.

II

Cuando conocí la ciudad, yo tenía siete años y mi padre me introdujo en ella una tarde que hacía mucho frío, soplaba viento, y me encontraba casi enfermo. En el tren ya se habían encendido las luces cuando llegamos y después subimos en un automóvil enorme y tan frío como el exterior. Entonces, yo siempre encontraba en la trompa de los automóviles semejanzas con la cara de las personas. Los faros eran los ojos y el radiador representaba la boca. Así, las máquinas me impresionaban como seres humanos. A veces me resultaban simpáticas, casi siempre me producían miedo. Aquel viejo coche se reía. Adentro estaba oscuro y busqué, involuntariamente, la mano de mi padre que transmitía un poder tan intenso que espantaba el miedo.

El hotel donde vivimos aquellos días estaba frente a una pequeña plaza. En el centro, donde convergían unos senderitos geométricos, estaba la estatua de un militar arriba de un caballo, con los ojos vacíos y las riendas de bronce llenas de pajaritos. Casi todos los edificios que rodeaban la plaza tenían pocos pisos y muchos balcones con barandas de hierro forjado. También había una iglesia casi siempre cerrada, salvo los domingos que la tortuga abría la boca y en ella penetraban decenas de personas a las que se escuchaba cantar una música triste y sin esperanzas.

Recuerdo que era domingo, precisamente, y hacía mucho frío la noche que, mientras cruzábamos la plaza hacia el hotel, vi muy lejos —donde parecía terminar una de las diagonales— aquel punto rojo que brillaba en el aire, parecía latir y crecía rápidamente. Mi padre también se detuvo al verlo y nos quedamos ambos muy quietos, de pie en medio del viento, alucinados por aquella estrella singular. Es el planeta Marte, dijo mi padre luego de cierto tiempo y como si tan sólo lo pensase. En este siglo, este es el momento en que está más cerca de la Tierra, continuó. Yo no entendí qué significaba aquella palabra «siglo», pero tuve la sensación de una cosa enorme e invencible. Mi padre no apartaba la vista del planeta y, como era tan alto, me pareció de pronto que la piedra brillante estaba a la altura de su frente y que si él lo deseaba podía tocarla. El planeta Marte y la palabra «siglo» eran una presencia que yo no podía dominar y apenas comprender. Para mi padre, en cambio, apenas si significaban palabras que él guardaba para nombrarlas en situaciones especiales, cuando intentaban sorprenderle.

Entonces, le pregunté a mi padre si podía tocar el planeta con la mano. Mi padre me levantó con sus brazos a la altura de su frente y yo estiré la mano hacia el brillo que crecía. El frío quemaba la

carne y me dolieron los dedos al cerrarlos. Por un momento supuse que aquel planeta que tanto brillaba, debía ser tibio y me salvaría del frío de la plaza desierta, que podría apropiarme de su calor. Pero no pude tomarlo y el círculo de luz seguía creciendo a medida que subía en el cielo. Abrí el puño de mi mano, que había cerrado en un gesto doloroso, y la mano estaba vacía. Sólo un reflejo pálido me enrojecía la piel, pero seguramente se trataba del reflejo de mi propia sangre que fluía desde adentro y no de aquel espectro que estaba tan alto. Cuando me volví para hablarle, pude ver que mi padre estaba llorando. Hubiese deseado hacerle comprender que aquéllo no tenía sentido, que en el fondo de mi corazón yo ya sabía que era imposible, que entendí su impotencia y le perdonaba, aunque me hubiese condenado a la precariedad del mundo. Pero no le dije nada y regresamos al hotel poseídos por el viento de la guerra. La última noche que dormimos en aquel hotel, durante la visita a la ciudad inmensa, me despertó el gemido de un animalito y pude ver que el planeta había desaparecido de la ventana y ya no estaba sobre la plaza. Cuando me asomé a la ventana, vi que en un edificio cercano una mujer también miraba el cielo buscando el planeta. Le hice señas con la mano, tal vez ella supiese dónde se encontraba el viejo diòs. Pero no me vio, o no quiso responderme. Continuó observando el cielo durante un instante y luego se apartó de su ventana. Pude escuchar que reía, a pesar de la distancia. No me atreví a contarle esto a mi padre. Nunca más volví con él a la ciudad y ambos nos sometimos a la probable redención del olvido.

III

Era ya mediodía y muchos vieron al hombre vacilante que parecía enarbolar el peso de su cuerpo hacia lo alto de la calle que subía, a través del frío y de la lluvia reiniciada. El hombre se detuvo un instante, bajo la bondad de una cornisa que le amparó un poco el cuerpo. El agua le mojó la cara y él la dejó hacer para que los seres extraños no pudiesen ver que lloraba. Entre las ráfagas, divisó a no más de trescientos metros, en la cúspide de la pequeña colina, la cúpula blanca del observatorio.

—Ella ya no vive aquí—le había dicho la mujer que tenía un leve bigote de sudor sobre el labio superior. Y había cerrado la puerta para protegerse de la lluvia.

Estaba empapado y sacó desde el bolsillo, en un gesto lento como un pase de magia, el papel que contenía el mensaje escrito con tinta

azul y que se deshizo en su mano bajo el impacto de la lluvia, luego de brillar intensamente durante un instante.

Las puertas del parque que rodeaba la torre del telescopio estaban abiertas, pero aquel sitio estaba desierto. Hubiese deseado que ya fuese de noche para refugiarse en la contemplación de los planetas, esa vieja obsesión que le había llevado a estudiar astronomía, impulsado por la esperanza de vulnerar la precariedad del mundo. Se refugió en una pequeña galería cercana. Allí podría secarse un poco su ropa y, tal vez, más tarde alguien le permitiría usar el telescopio. Se sentó en un banco de piedra que tenía grabados en el respaldo los doce planetas del sistema solar y pensó que llorar había sido una estupidez y una debilidad, pero todo era cruel y el planeta no regresaría en los límites de nuestro siglo. La ciudad estaba nuevamente cubierta por la niebla y resultaba imposible reconocerla. Sin embargo, en algún punto de su territorio, Luisa iniciaba un movimiento que podía significar un acercamiento o la amplitud de una distancia infinita.

CARLOS HUGO MAMONDE

Corrientes, 675
LA RIOJA (Argentina)